

EL ENGAÑO, OCULTO BAJO LA PALABRA DEMOCRACIA

POR

JUAN ROIG Y GIRONELLA, S. J.

Director de "Balmesiana", Profesor de Filosofía en las Facultades de San Francisco de Borja.

¿Qué se quiere decir con la palabra democracia?

Pocas palabras hay que se usen en sentido tan ambiguo y equívoco; con ella pueden indicarse aspiraciones nobles y acertadas, como también con ella pueden encubrirse grandes engaños. Ya lo decía Balmes en *El Protestantismo* (cap. 63).

No voy a hablar de la democracia en sentido político, sino de uno de los más graves engaños que se ocultan bajo esta palabra ambigua cuando se usa y se emplea en muchos casos corrientes.

El engaño es éste: pongámonos ante una sociedad cualquiera: civil, religiosa, comercial, industrial, cultural; la mayoría "cuantitativa" de sus miembros, ¿es mero reconocimiento de un "derecho" de sus miembros sin pretender que la cantidad de votos sea garantía de "calidad" en los acuerdos?, ¿o se toma, por el contrario, la "cantidad" como medio para conocer la "calidad"?

Son dos sentidos enteramente diversos: votación para ejercer un *derecho*, cuando lo hay; votación como medio para determinar lo *mejor*.

No hablaré ahora del primer aspecto: si la voluntad de la mayor parte es o no es un derecho y hasta qué punto lo es. Me refiero al segundo: ¿por qué razón (mejor dicho: sinrazón) se toma la mayoría *cuantitativa* como criterio *cualitativo*?

Tomar la democracia en este segundo sentido es un disparate colosal. La mera cantidad no implica acierto sobre la calidad.

Pero se hace así muchas veces. Entonces se abusa de la palabra democracia y con ello se comete un gravísimo engaño. Estamos palpándolo a todas horas.

¿La cantidad da cualidad?

Sólo en la dialéctica marxista de estilo hegeliano puede pretenderse tamaño dislate. La cantidad no es por sí misma garantía de calidad, ni con saltos dialécticos, ni sin ellos. Que ocasionalmente en algún caso la acompañe, no le da la categoría de razón suficiente.

Imaginémonos una gran empresa comercial. Llega la hora en que todos los accionistas se reúnen en asamblea general. Cada uno ha aportado parte del capital; cada accionista tiene derecho a decidir quién será el presidente del consejo de administración entre varias personas, de las que ya se sabe, por otro lado, que son dignas y competentes, es decir, se conoce su valor cualitativo. Nadie va a negar que en este caso la fórmula de "la mitad más uno" de los votos es un medio de juego limpio para evitar que uno se imponga contra los derechos de todos.

Ahora imaginemos que en aquella empresa se trata, por el contrario, de determinar de qué manera se invertirán mejor los fondos: si comprando las mercancías A o las mercancías B. Cada seis meses se reúnen todos los que forman parte de aquella empresa: desde el presidente del consejo de administración y el gerente, hasta el botones que abre la puerta, incluidas las mujeres que cuidan de la limpieza. Todos por mayoría de votos van a determinar en qué se invertirá mejor el capital. ¿Compraría usted acciones de esta empresa? Yo, no.

Sin embargo, este equívoco gravísimo se comete a cada paso: se barajan como si ambos sentidos fueran equivalentes bajo el nombre de respetar la libertad. Libertad ¿de qué?, ¿que entre cosas ya reconocidas como competentes y acertadas se manifieste meramente el derecho del individuo a expresar sus preferencias o la que se toma como medio para acertar con lo que objetiva-

mente es mejor? A. no ser que conscientemente se sacrifique el éxito de la empresa a la satisfacción de que el botones elija democráticamente.

Me dirán algunos: "Esto no se hace". ¿Que no se hace? Quizá lo que no se hace es plantearlo así crudamente como yo lo presento ahora; pero examínese cada uno de los hechos que tenemos alrededor, esos que están a flor de labio de los demócratas a ultranza, y dígaseme si bajo diversas formas y situaciones concretas no está latente en su raíz este gravísimo equívoco, este colosal error que consiste en imaginar que la cantidad es garantía de calidad.

La cantidad no es garantía de calidad.

La cantidad numérica no es por sí misma garantía de calidad. Más aún, generalmente suele oponérsele. La calidad es de los selectos, de los pocos. Muy bien dotados naturalmente, muy bien formados y preparados, bien comprobados por su éxito en la acción: esto es generalmente una garantía de calidad y, por tanto, de acierto. Pero el número de los más es por definición el promedio, lo vulgar y corriente, no la selección cualitativa de lo mejor.

El individuo del montón, en cuanto forma parte de la masa mayoritaria, tendrá su "derecho" (no trato de esto ahora); digo que no tiene garantías de acertar con "lo mejor" en sus decisiones.

¿Por qué entonces se toma la palabra democracia tantas veces confundiendo los dos sentidos, cuando no se trata de ejercer un derecho, sino para acertar con lo que es mejor?

Una raíz del error.

Una de las raíces del error está en que si bien la cantidad como tal no incluye precisamente la calidad, ni la calidad implica que sea reconocida cuantitativamente, no obstante, mirándolo con-

cretamente, las decisiones cuantitativas implican a veces de hecho "algo" de calidad, y la calidad excelente tiene de hecho algo de tendencia en ciertos casos y dentro de ciertos límites a extenderse cuantitativamente.

Si en aquella empresa comercial que imaginábamos hay un gerente genial, fácilmente habrá tendencia para que desborde, por así decirlo, lo cualitativo de modo que hasta el número cuantitativo reconozca este mérito. Dificilmente podrá ejercerse la votación numérica "como derecho" sin que se implique en ello "algo" de votación cualitativa; y difícilmente, dentro de ciertos límites extremos, se ejercerá la votación cualitativa, sin que en ello intervenga algo de la apreciación cuantitativa.

No hay dificultad en reconocerlo, ni la hay en que la realidad se presente tan compleja. Lo malo está en que de modo muy frecuente y extendido se barajen los dos extremos claramente anti-téticos, como se ve cuando se toma tantas veces el voto cuantitativo cuando no hay derecho, pues se trata de buscar un acierto cualitativo.

¿Que no pasa así? Bueno, prefiero no citar ejemplos concretos, porque poner el dedo en la llaga de modo que la reacción sea reconocer la verdad en vez de airarse contra el que la dice es cosa que sólo pueden hacerlo personas levantadas muy arriba en sus méritos y en su autoridad. Y aun así sucede frecuentemente que los hombres corresponden con el rechazo a aquel que les ha dicho demasiado claramente la verdad.

¿No probó Jesucristo que era el Hijo de Dios resucitando a un muerto de cuatro días, que hedía por la descomposición? Pero la reacción no fue la de examinar el hecho para hallar la verdad, sino acallar aquella voz que les manifestaba una verdad que les era enojosa, que molestaba su comodidad y preferencia. El resultado inmediato fue rechazar a quien la proclamaba con la muerte de cruz; y cuarenta años después la destrucción del templo y aniquilamiento de la nación.

Otra raíz peor.

Pero hay otra raíz peor: aquella que proviene de sentar previamente como base incuestionable, sin pruebas ni comprobación, que hay un sector, tal, que es el privilegiado cualitativamente en sus determinaciones cuantitativas. Digo "sin pruebas ni comprobación", porque si las hubiera, ya sería una base para sustraer a la mera votación cuantitativa, lo que de suyo ha de ser cualitativo. Es decir, daría una buena base cualitativamente incuestionable, para que dentro de ella la votación cuantitativa pudiera dar resultados cualitativos.

¿Cuál es esta base que se asienta "sin pruebas ni comprobación" como si fuese capaz de dar calidad la mera cantidad?

Voy a citar un solo nombre: el nombre de un filósofo que en mi opinión ha sido uno de los que ha acarreado más desgracias a las sociedades europeas. Ha señalado a la "mera naturaleza", más aún, al niño por ser niño, al joven por ser joven, esta base cualitativa, enfrentando con ello equivocadamente la masa a la autoridad, el educando al educador.

Había ya pasado buena parte del tiempo de la "Aufklärung", aquel siglo en que Voltaire, D'Alembert, Diderot y toda su caterva de enciclopedistas preparaban —así dijo Voltaire— una edad mejor. Salió al fin Rousseau, que llevó las premisas anteriores a sus últimas consecuencias. Para Rousseau, lo privilegiado, lo naturalmente bueno, es la naturaleza misma (¡nada de pecado original!); es la autoridad y la sociedad lo malo, aun cuando quieran dirigir y corregir las desviaciones. Por tanto, el tipo perfecto es el niño o el joven, su "Emilio", dejado a sus impulsos naturales fuera de toda sociedad. Esto sería lo puro; lo malo sería la acción de la sociedad, hasta ejercida por medio del educador o de la autoridad que actuase sobre él.

La cruel utopía de un mito.

Toma Rousseau el ejemplo del niño imaginario Emilio; pero nos advierte, ya en la Introducción misma, que su punto de mira va más lejos: "Nuestro verdadero estudio es el de la condición humana." No lo olvidemos. Es decir, lo que él expone en las relaciones entre educando y educador, se dirá proporcionalmente entre masa y autoridad.

Su máxima incontestable y fundamental es la negación absoluta del pecado original y sus consecuencias: "Posons pour maxime incontestable que les premiers mouvements de la nature sont toujours droits: il n'y a point de perversité originelle dans le coeur humain" (libro II).

Si esto fuese así, ¿qué habría de hacer el educador (proporcionalmente, la Autoridad)?, ¿conducir o dejarse conducir? Esto ha de hacer el educador: *hacer que nada se haga*: "Pour former cet homme rare, qu'avons-nous à faire? Beaucoup, sans doute: *c'est d'empêcher que rien ne soit fait*" (libr. I). ¿Y la obediencia? Nada de esto: que si siquiera conozca el nombre de obediencia: sólo los hechos mismos naturales: lo malo le señalará por sí mismo qué debe hacer mediante la coacción de los mismos hechos naturales. Fuera de esto, que ni siquiera sepa qué es la obediencia: "*Qu'il ne sache ce que c'est qu'obéissance quand il agit ni ce que c'est qu'empire quand on agit pour lui*" "Que no sepa qué es obediencia, ni qué es ordenación cuando se actúa por él" (libro II).

Más crudamente aún, lo dice poco después: "rien faire par obéissance, mais seulement par nécessité" "nada hacer por obediencia, sino solamente por necesidad". Hasta las palabras de obedecer y de ordenar habrán de borrarse del diccionario del niño o joven: "Así las palabras de obedecer y de ordenar serán proscritas de su diccionario; todavía más la de *deber* y de *obligación*; pero las de fuerza, necesidad, impotencia y de coacción, han de tener ahí un gran sitio" (libr. II).

Las consecuencias que Rousseau saca de estos presupuestos

fundamentales son lo espantosas que con ellos pueden ser: ninguna instrucción moral ni doctrinal fuera de una sola enseñanza: que no haga daño a nadie. Uno se pregunta: ¿por qué esta instrucción si ha dicho que la naturaleza es pura, sin malas inclinaciones, sin consecuencias de pecado original? ¿Por qué exceptúa esta enseñanza? Esto es totalmente inconsecuente. Pero, en fin, pasemos por alto esta inconsecuencia, que ya manifiesta por sí sola lo errado de sus principios. Aparte de ella, enseña Rousseau que al educando no hay que darle ninguna instrucción moral ni religiosa, ni ninguna ayuda a la virtud. Imagina que así se podría retrasar —dice— hasta la misma pubertad todo el tiempo que se quisiese, por ejemplo, hasta los veinte años (libr. IV). Más aún: “hasta se puede prolongar mucho esta época y hace pocos siglos que nada era más común en la misma Francia” (!), dice en el libro IV. ¿Realmente digno de la soberbia antropocéntrica del liberalismo del siglo XVIII! “En cuanto a mí —prosigue— en la medida en que más reflexiono sobre la importancia de esta crisis y sobre sus causas próximas o remotas, tanto más me persuado que un solitario educado en un desierto, sin libros, sin instrucción y sin mujeres, moriría virgen, fuera cual fuera la edad a que llegase” (libro IV) (“Pour moi, plus je réfléchis à cette importante crise et à ses causes prochaines ou éloignées, plus je me persuade qu’un solitaire élevé dans un désert, sans livres, sans instruction et sans femmes, y mourrait vierge, à quelque âge qu’il fût parvenu”).

Con esto enlaza, evidentemente, negar que se le enseñe religión: “preveo cuántos lectores quedarán sorprendidos al verme seguir toda la primera edad de mi pupilo sin hablarle de religión. A los quince años no sabía si tenía alma y quizá a los dieciocho no ha llegado todavía el tiempo de enseñárselo; pues si lo aprende más pronto de lo que conviene, corre el riesgo de no saberlo nunca” (libr. IV). Cuando finalmente se le dé algo de religión natural, nada de lo revelado por Dios, nada de lo positivo como es el cristianismo. Rousseau es escéptico ante la verdad de la religión revelada: “éste es el escepticismo involuntario en que he quedado” (libr. IV).

Me pregunto ahora.

Me pregunto y pregunto a los que me leen: ¿no hay mucho del virus de esta perversa mentalidad en lo que ha emponzoñado la *intelligentsia* centroeuropea y que va metiéndose también entre nosotros?, ¿no va decayendo la enseñanza de la religión, de la moral y de la práctica de la vida de piedad hasta en centros de la Iglesia? Es sólo una pregunta. Si alguien me contesta que no y lo demuestra, le diré que me alegro mucho.

En todo caso está bien claro que la doctrina de la Iglesia es radicalmente opuesta a la práctica y doctrina de Rousseau. Basta un texto del Papa erudito Aquiles Ratti, Pío XI, en su gran Encíclica sobre la educación *Divini illius Magistri*, en que dice así: "Toda educación de niño *que se cione a las puras fuerzas de la naturaleza*, por lo mismo, rechaza o descuida lo que ayuda a informar de un modo divino la vida cristiana, por lo cual es falsa y está plagada de errores; y cualquier método o procedimiento de educar a la juventud, que no preste ninguna atención o casi ninguna a la culpa original transmitida por nuestros primeros padres a todos los hombres, y a la gracia de Dios, y que, por lo mismo, se funde del todo en las solas fuerzas de la naturaleza, se separa completamente de la verdad" (*Act. Apost. Sed.* 22 (1930), 69).

¿Pues entonces?, ¿esto que se hace de educar a veces a niños y jóvenes en un ambiente semidesnudista, en pura libertad o libertinaje selvático, llevando aún más lejos los principios de Rousseau a consecuencias que ni él admitiría, de dónde proviene?, ¿de dónde proviene que se eduque al joven de modo que nada sepa de obediencia con el pretexto de no "violentar" su voluntad?, ¿de dónde procede que se deje al voto cuantitativo ("cuantitativo" en cuanto no están todavía formados por hipótesis) lo que es esencialmente "cualitativo", como la manera de la educación y formación que le conviene, que es algo eminentemente cualitativo? Este proceder ¿está de acuerdo con Rousseau o con la Iglesia católica? Se habla a veces de la rebelión de los jóvenes. Yo ha-

blaría más bien de la rebelión de los viejos. Porque si hace años no hubiese transcurrido un largo período de claudicación y cobardía, en que bastaba que uno fuera heterodoxo para que ya tuviese a su lado todas las adulaciones y miramientos, mientras era mal mirado y esquivado el que defendía la verdad, no sucedería ahora lo que sucede con esta rebelión de los jóvenes de ahora, cuyos padres tal vez no tienen ninguna culpa en este estado de cosas y son víctimas de lo que hicieron poco a poco sus antecesores.

El Concilio Vaticano II, en su Declaración sobre la educación, dijo exactamente lo mismo que Pío XI ya había enseñado: "Declara igualmente el sagrado Concilio que los niños y los adolescentes tienen derecho a que se les estimule a apreciar con recta conciencia los valores morales y a prestarles su adhesión personal y también a que se les estimule a conocer y amar más a Dios. Ruega, pues, encarecidamente a todos los que gobiernan los pueblos, o están al frente de la educación, que procuren que nunca se vea privada la juventud de este sagrado derecho" (*Gravissimum*, Proemio, n. 1). Más aún: "Este santo Concilio recuerda a los pastores de las almas su obligación de disponerlo todo de forma que todos los fieles disfruten de la educación cristiana, y sobre todo los jóvenes, que son la esperanza de la Iglesia" (n. 2). No se hace así muchas veces; hace años que en muchos sitios se ha educado a los jóvenes dándoles libertad para leerlo todo (como si tuviesen medios y criterio para juzgar bien, en la misma "naturaleza", cuando aún no estaban formados y, por tanto, capacitados para juzgar); se les ha educado sin fomentar su piedad y virtud, con el pretexto falso de que han de "elegir" cuando sean mayores (como si "elegir" la virtud y la fe fuesen como elegir un traje; y tales educadores no cuidasen bien de evitar al niño que coma setas venenosas, sin aducir entonces el pretexto de que "ha de elegir"); y así en muchas otras cosas, porque son el ambiente común. Recuérdese como mero ejemplo, lo que a veces oímos decir, que no hay que dar el bautismo a los niños, para que de mayores "puedan elegir" (contra la expresa definición de fe del Concilio Tridentino, sesión VII, canon 13 y 14).

Por eso cuando oigo decir "rebelión de los jóvenes", pienso para mis adentros: "traición de los viejos, cuyas primeras víctimas son estos jóvenes que se rebelan".

Por esto no me sorprendió nada que cuando el Vaticano II promulgó su Declaración sobre la educación, en cierta revista europea muy conocida por su marcado progresismo (aunque lleva el nombre de cristiana) se protestase contra esta enseñanza del Vaticano II declarándola sencillamente inadmisibile, y apelando, como suele suceder en estos casos, al Vaticano III, o al IV, o al V, lo mismo da: a aquel que se conforme a lo que ellos han decretado como absoluto, en nombre de la absoluta libertad que pone al hombre como centro y pretende derribar a Dios y la Autoridad que El ha instituido.

Lo que sí me sorprende es que hasta entre los españoles, de tan arraigada tradición católica, haya tantos que se lo traguen todo con tal que venga con el marchamo del prestigio de "lo que se dice ahora", "lo que piensan en Europa", etc., sin darse cuenta de que en el fondo de estas actitudes hay una mentalidad perversa.

Y después el desengaño del fracaso.

Después se sorprenden vivamente cuando se enteran de que hay regiones donde la droga estraga a la juventud y quiebra su voluntad de trabajo serio y duro. Cuando hay manadas de "hippies", que no pueden ni oír hablar de obediencia porque "violentaría su voluntad"; cuando los "contestatarios" llegan a límites inverosímiles.

Pero ¿no dejásteis sembrar cizaña con una sonrisa beatífica de "mucha apertura", como si "ser abiertos" fuera el undécimo mandamiento? Pues entonces empezad a organizar nuevos cuadros de policía para el día de mañana en que estos hombres que habrían nacido según Rousseau sin pecado original, dueños omnímodos de su voluntad archidemocrática, formen una masa que no entienda más que *la contrainte des faits*, hombres desarraigados.

dos de la tradición católica, sin fe, sin esperanza más allá de esta tierra. La mayoría cuantitativa de votos no les dará esta calidad que han perdido.

Y si me dicen que no, que exagero, a los hechos me remito. Lo que no me persuadirán nunca es que bajo los aspectos legítimos y buenos que se encierran en el nombre de democracia, si se entiende bien, con sus límites, con su jerarquización, haya de envolverse el caso del pequeño salvaje de Rousseau, el mito más cruel de todos los mitos que ha engendrado nuestro pobre mundo, que ya empieza a expiar en sus desdichas de ahora la corbardía de los que durante décadas lo precedieron. Y seguirá expiándola en adelante.

Quiera Dios que en esta predicción me equivoque, porque a veces, hasta sin pretender ser profeta, como no lo soy, puede resultar acertada una predicción.